

El verdadero viaje de descubrimiento no consiste en buscar nuevas tierras, sino en tener nuevos ojos

Marcel Proust

Decálogo del buen trato

1. A todos nos encanta que nos traten bien. Eso nos predispone a ser “buenas personas”. Comience usted a tratar a su hijo como quisiera que él lo tratara a usted. ¡Se sorprenderá con los gratos resultados!
2. Elija con cuidado las palabras para hablarle a su hijo. De ello depende en gran medida si él responde con convicción propia a lo que usted espera de él o se convierte en su peor pesadilla, porque las palabras pueden ser flechas que hieren o manos firmes que guían y acarician.
3. Escuche cuando su hijo habla, prestando atención a lo que dicen sus palabras, pero sobre todo a sus sentimientos. Es muy posible que descubra que no trata de engañarle como usted cree.
4. Usted puede expresar su enojo o descontento a su hijo sin necesidad de agredirlo. Poner límites a su conducta es otra forma de expresarle afecto, siempre y cuando la claridad y la firmeza vayan de la mano con la consideración y el respeto por la dignidad del niño.
5. Revise bien los sentimientos que lo impulsan a expresarle algo a su hijo, para que sus gestos o el tono de su voz no contradigan lo que dicen sus palabras. Tenga en cuenta que los niños son muy perceptivos y captan con gran facilidad la falta de coherencia entre las intenciones y las palabras.
6. Muestre interés por las iniciativas de su hijo. Piense que seguramente usted también se sentirá a gusto cuando alguien se interesa por las suyas.
7. Cuando quiera que su hijo entienda lo que le dice o lo que le pide, tómese el tiempo necesario para explicarle de manera clara, sencilla y amorosa. Recuerde que él no tiene los mismos conocimientos, la misma experiencia ni la misma capacidad de comprensión que usted, pues apenas está aprendiendo.
8. Revise con atención la opinión que usted tiene de su hijo, porque eso influye, sin que usted se dé cuenta, en la forma como lo trata y en la forma como él le responde. Si usted piensa mal, puede que su opinión se transforme en profecía cumplida aunque en el presente no sea realidad.

9. Antes de exigirle algo a su hijo, póngase en el lugar de él y piense bien si está de acuerdo con sus capacidades, si es algo que usted mismo haría.
10. Déjese conquistar por la ternura de su travieso hijo. Descubrirá que es la mejor manera de llegar a su corazón y lograr que muestre siempre la riqueza que hay en su interior.

María Piedad Puerta de Klínkert

Cómo fomentar la lectura desde la niñez

Luis Carlos Ochoa Vásquez

Pediatra puericultor

El problema del desafecto por la lectura en los niños y jóvenes es, sin lugar a dudas, uno de los que más preocupa a padres de familia y educadores.

Se considera que una de las causas más sobresalientes del fracaso escolar y de tropiezos en la universidad es precisamente la antipatía, el poco adiestramiento y el franco rechazo de los muchachos hacia la lectura y los libros.

Al respecto, dice Marié Bonnafé, psicoanalista y experta en la lectura en los niños, que "el fracaso escolar y la marginación social no están dados únicamente por las bajas condiciones socioeconómicas, sino que, en muchas ocasiones son el resultado de las carencias tanto cuantitativas como cualitativas de las expresiones del lenguaje en el ambiente en que se cría el niño, especialmente en sus primeros años".

Con la anterior afirmación lo que se quiere señalar es que la lectura en los niños, así como la atracción por los libros no se debe dejar para cuando ellos estén en capacidad de aprender a leer o cuando empiecen la educación primaria. Esta actitud es una de las principales razones por las cuales a los niños de hoy no les gusta la lectura: se empieza demasiado tarde esta actividad. Se cree erróneamente que los libros no les interesan a quienes no saben leer, ni mucho menos a quienes ni siquiera saben hablar.

Entonces, ¿cuándo se debería empezar el contacto de los niños con los libros?

Como ya se dijo, muchos de los problemas de la lectura están dados por carencias del lenguaje. Con los niños pequeños, en la mayoría de las veces, se emplea el lenguaje del diario acontecer para comunicarse con ellos. Los adultos les hablan a los niños con un lenguaje muy estrecho, cuando no es con palabras deformadas, *de niño mimado*.

En otras ocasiones, especialmente con el niño mayor de uno o dos años, el lenguaje se limita a órdenes, regaños y prohibiciones: *no cojas, quieto, tómate la sopa, no grites, no hagas ruido, ¿otra vez?, estás muy necio, por eso no se llora...* Estas y muchas otras son las frases que un niño de esa edad escucha con más frecuencia todos los días. Este es el lenguaje llamado fáctico, en el que solo se emplea el presente y tiene muy pocas construcciones.

Por el contrario, en los primeros años de la vida de los niños se usa muy poco el lenguaje del relato, aquel que se emplea en los cuentos y narraciones, que usa un antes y un después, que habla de lo ausente y de lo presente, de lo cercano y de lo lejano, que desarrolla construcciones más complejas y nombres y palabras distintas a las usadas en el lenguaje diario.

El lenguaje del relato tiene entonces las características del lenguaje escrito. Los niños, con su gran imaginación y fantasía, lo disfrutaban inmensamente. Esta forma de lenguaje es la antesala del lenguaje escrito, de la lectura.

Cuando a un niño se le leen cuentos o leyendas, o cuando se le muestra un libro de imágenes, pronunciándole los nombres de los dibujos representados, empieza, desde muy pequeño, a ver los libros como un objeto distinto de sus otros juguetes, como algo especial porque con él se puede entretener más de una vez, que en cada ocasión la experiencia es diferente y que, además, se puede compartir con otras personas. En otras palabras, los niños van aprendiendo, ¡con placer!, que lo escrito también quiere decir algo. Es así como se van formando los niños prelectores.

Queda claro entonces que la lectura en el niño empieza con el lenguaje oral, familiarizándolo desde muy temprano, ¡incluso desde los seis meses de edad!, con los libros, leyéndole en voz alta palabras escritas o usando libros de imágenes, sin letras, que igualmente se le deben *leer* en voz alta, con gusto, en un momento propicio.

No se busca que el niño aprenda a leer antes de lo habitual, ni que aprenda algunos asuntos en particular. Lo que se desea es que desde la más temprana edad el niño descubra la magia de los libros, de la palabra escrita y asimile la lectura como debe ser, una actividad placentera y agradable. Con esto se quiere enfatizar que los libros, que el lenguaje escrito no pueden estar limitados solamente para lectores y por extensión a niños mayores. Los libros son también, y con prelación, para los niños más pequeños.

Volver los libros y las lecturas un hábito

Si se empieza el contacto de los niños con los libros desde el segundo semestre de su vida, esta actividad será asimilada como un hábito más, como una rutina de su vida diaria, tal como ocurre con el baño, las comidas, la hora de acostarse, etcétera. Pero, a diferencia de estos hábitos, la lectura les produce placer, les estimula la creatividad, les aviva la imaginación. Con el paso de los años los niños irán interiorizando este hábito con toda naturalidad y espontaneidad; lo rememorarán con agrado y volverán a los libros una y otra vez.

Así, cuando lleguen la edad escolar ya tendrán un camino muy adelantado, pues su encuentro con los libros empezó desde varios años atrás, pero sin traumas, frustraciones ni tareas aburridoras.

Por el contrario, si se deja ese primer contacto con los libros para la escuela, muy probablemente tendrán una concepción errónea y deformada de la lectura, pues la asociarán con tareas, calificaciones y castigo. No es gratuito, como ya se dijo, que muchos muchachos y jóvenes no quieran leer en sus ratos de descanso, en vacaciones, ni mucho menos que no les den libros como regalos. Para ellos, los libros son sinónimos de clases, estudio, tareas, es decir actividades obligadas y no pocas veces tediosas.

Los sentimientos del niño y los libros

Los niños, al igual que cualquier persona adulta tienen sentimientos. Ellos sienten amor, odio, tristeza, alegría, envidia, rencor, culpa, miedo... Y debe quedar claro que el tener esos sentimientos es una reacción normal de todo ser humano. Los sentimientos pues, no son ni buenos ni malos, simplemente hacen parte de la vida. Lo importante está en que a los niños se les den elementos que les permitan identificar, canalizar, expresar y resolver esos sentimientos, así como ponerlos en armonía con su vida y con el ambiente familiar y social en el que se vive.

Los niños se sirven de las imágenes de los libros y de los personajes imaginarios de los cuentos para canalizar esas emociones, *trabajar* y organizar sus conflictos e inquietudes. Los libros y los cuentos les dan la oportunidad de *recrearse con la palabra, con el espacio en donde la realidad psíquica y la realidad exterior se confunden*.

No hay la menor duda: la narración de una historia y la lectura en voz alta de un cuento tienen un efecto benéfico contra las angustias y les permiten a los niños mantener a distancia sus miedos naturales y manejarlos y controlarlos.

¿Qué hacer en la práctica?

No hay recetas mágicas, ni un orden estricto, pero si se tienen en cuenta las siguientes sugerencias, las probabilidades de que un niño se convierta en un amante de los libros para toda su vida serán mayores:

- Empezar desde el nacimiento mismo. Un componente esencial de la estimulación es el lenguaje. Se debe aprovechar aquellos momentos en los que el niño está

tranquilo para conversarle, cantarle canciones de cuna, entonarle rimas y mostrarle objetos, llamándolos por su nombre

- Recordar que no se pretende enseñarle a leer a los niños ni a que se vuelvan precoces. Se trata de una actividad lúdica, tan placentera como jugar a las muñecas o a la pelota
- Empezar a familiarizar a los niños con los libros desde una edad temprana, incluso desde los seis meses de edad. Claro que estos primeros encuentros deben ser con libros apropiados para su edad. Existen libros solo de imágenes, hechos de material resistente, de bordes romos para evitar que el niño se lastime. Hay incluso libros plásticos para usar en la bañera
- Pero no basta con que el niño manipule los libros y los toque. Es indispensable leerle en voz alta, mostrarle las imágenes diciéndole los nombres de cada una. Todos los niños tienen *sed de nombres*, les gusta que se los digan. Así, poco a poco, ¡el niño va comprendiendo que toda esa magia sale de los libros!
- Más adelante (alrededor de un año de edad) se pasa a un relato más estructurado a leerle en voz alta libros con imágenes y escritura. El niño irá comprendiendo entonces que las letras, como las imágenes, también significan algo. Como ya se dijo, el relato, el leerle pequeñas historias o cuentos en voz alta, es la antesala para la lectura propiamente dicha. Si se quiere formar buenos lectores hay que hacer primero muy buenos prelectores
- Se debe permitir que el niño sea el verdadero protagonista, el dueño de la situación, tanto en el proceso de prelectura como en la lectura misma. Se le debe dar toda la libertad para oír o no un cuento; escoger el libro; repetir ené veces; hablar mientras se lee y suspender cuando él quiera

Este punto es de gran trascendencia, pues según los expertos, una de las dificultades más notorias en el proceso de la prelectura lo constituyen los adultos intransigentes, demasiado entrometidos, que creen que deben pensar y escoger por el niño

Son aquellos que tienen permanentemente una actitud moralizante: ¿qué aprendimos de bueno en este cuento? o utilitarista: ¿para qué nos sirve esto en la vida? No, la lectura en los primeros años no debe pretender enseñar nada, así como cuando el niño juega pelota, no se está buscando volverlo un futbolista famoso. Es pues, una actividad exclusivamente recreativa

Se puede concluir con toda seguridad que la función del adulto es entonces la de facilitador y acompañante respetuoso en ese maravilloso camino a los libros y la lectura.

Lecturas recomendadas

Petit M. *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México: Fondo de Cultura Económica; 2001.

Posada Á. Literatura infantil y juvenil. En: Posada Á, Gómez JF, Ramírez H. *El niño sano*. 2ª ed. Medellín: U. de A.; 1998: 537-555.